

Ciudades y campo en el subdesarrollo *

Claude Bataillon, autor de *Las regiones geográficas de México*, publicado en español en 1969, nos presenta ahora un volumen que bajo el título de *La ciudad y el campo en el México central*, pretende ser un trabajo más ambicioso ya que, a través del estudio minucioso de la geografía de una región de México, trata de obtener conclusiones válidas en materia de desarrollo regional, para los países "en proceso de desarrollo" de América Latina.

Al abordar el estudio de la fenomenología de la aglomeración en México, no sólo se basa en el punto de vista geográfico, sino

que además trata de desentrañar la explicación de dicho fenómeno a la luz del proceso histórico, remontándose en algunos casos a la época precortesiana, de cuyo análisis destacan observaciones que no dejan de ser interesantes, como cuando presenta la siguiente ilustración: "*El Soconusco, en la época precolombiana, era una zona agrícola especializada en la producción del cacao, consumido por Tenochtitlan, situada a más de un millar de kilómetros*". (p. 6).

Si bien es cierto que, a nuestro juicio, no logra con entera plenitud combinar la geografía econó-

mica con la historia, el resultado es que al utilizar este tipo de enfoque, muy común en Europa y poco desarrollado en América Latina, proporciona una magnífica pauta de trabajo para investigaciones de aspectos regionales en los países de dicho continente.

La región que el autor nos presenta para fines de estudio; es decir, la del México central, comprende los estados de Hidalgo, México, Puebla, Tlaxcala, Aguascalientes, Jalisco, Guanajuato, Michoacán y Querétaro. Esta peculiar región, en la que el autor agrupa en forma tan arbitraria a las entidades federativas mencionadas antagoniza notablemente con las concepciones "tradicionales" que en materia de regionalización han imperado en México, país que además cuenta ya con diversos trabajos de regionalización, cada uno de ellos elaborado para finalidades específicas, en los cuales se observan regiones delimitadas con mayor rigor metodológico que la que ahora se nos presenta. Tenemos por caso la regionalización geoeconómica de México para fines de planificación económica, cuyo autor, el geógrafo Angel Bassols Batalla elaboró a nivel municipal.

Una región que agrupa a una serie de entidades federativas conlleva en su simplicidad su nula viabilidad operacional, máxime cuando, como en este caso, existe una absoluta carencia de homogeneidad. No me refiero obviamente a una homogeneidad de tipo geográfico, que es prácticamente imposible, dado que diferencias físicas acentuadas existen

dentro de un mismo estado. Pero, aún cuando la concepción de región homogénea es discutible, es indiscutible que debe existir al menos relativamente cierta homogeneidad para los propósitos específicos del estudio; en este caso, el conocimiento en sus relaciones mutuas de las ciudades y la región en que éstas se asientan. Aquí es donde resulta discutible la representatividad de los fenómenos que se dan en el conjunto de la llamada región del México central.

La crítica anterior adquiere mayor relevancia cuando el autor pretende hacer válidas para toda la región, es decir, para los diez estados mencionados, las observaciones hechas en el restringido ámbito de los estados de México y Morelos, que integran lo que él denomina para fines de generalización "*la región testigo mínima*". De hecho el autor abandona la región central, tal como la delimita originalmente, para constreñirse al estudio de lo que él denomina "*el México centro-este*" integrado por los estados de Hidalgo, México, Morelos, Puebla y Tlaxcala, que a grandes rasgos coincide con la zona *centro sur* de la regionalización de Bassols Batalla. En esta parte del libro los resultados son halagüeños por la riqueza de la información que se presenta, tanto geográfica como estadística, aunque esta última corresponde en más de un cincuenta por ciento al año de 1960.

En términos generales la obra debe considerarse de carácter descriptivo, pues aunque existen

* Claude Bataillon, LA CIUDAD Y EL CAMPO EN EL MÉXICO CENTRAL, Siglo Veintiuno Editores, México, Madrid y Buenos Aires, 1972, 343 pp.

ciertos intentos de análisis, éstos resultan desafortunados. Por ejemplo, el autor pasa por alto el proceso *sui generis* de aglomeración urbanística *sin industrialización* que ha privado en los países explotados, para afirmar que la capital mexicana tiene poder decisivo en la vida de la nación por ser la *metrópoli industrial*.

En ocasiones el autor presenta ilustraciones del modo de vida de la ciudad y el campo con sus interesantes contrastes, en diversas épocas, pero al tratar de profundizar en la interpretación de sus observaciones concluye en verdaderos galimatías, como cuando afirma que México es en 1940 una *ciudad industrial ya grande*, aun cuando conserva algunos de sus orígenes coloniales, pues todavía en la etapa cardenista se

encuentran las relaciones sociales existentes en la época porfirista (p. 63). Aunque el lector no quede convencido de este juicio por inexacto y contradictorio, posiblemente quede muy halagado al enterarse que desde hace más de 30 años México es un país *industrializado y ya grande*.

La evaluación final de este libro nos induce a considerar que cualquier estudio que trate de abordar los aspectos de la desigualdad regional no debe conformarse con el conocimiento de los fenómenos geoeconómicos y/o históricos, porque ello resulta hoy día anacrónico. Este tipo de estudios debe partir del análisis y conocimiento profundo de la *desigualdad* social y económica, como una ley inherente al desarrollo capitalista. RAMÓN FIGUEROA NORIEGA.